

pueblo de Israel en tiempo de los Jueces, representa a Satanás por la sed devoradora que le consumía al ser perseguido por el ejército hebreo, causándole la ruina su misma sed, puesto que ella le llevó a refugiarse bajo la tienda de Jahel, donde sucumbió a manos de esta mujer fuerte, atravesada su sien con agudo clavo (25).

Goliat representa todavía mejor su fisonomía infernal. El es un gigante, por su naturaleza poderosa y fuerte; pero la Escritura le caracteriza perfectamente con el epíteto que mejor le cuadra: «*vir spurius*, varón bastardo»; abusa de su fuerza y piensa vencer por el terror. En cambio, el que le ha de ganar la victoria, David, es joven y delicado, el último de su familia, el más pequeño de sus hermanos. Sin embargo, viéndose en presencia del gigante y oyendo sus amenazas, no se arredra, sino que se decide a combatirle; mas, para ello, rehusa tomar las armas ordinarias, desprecia los medios humanos y pone únicamente en Dios su confianza, contentándose con su honda y una pequeña piedra cogida en el torrente para derribar a aquél cuya arrogante fortaleza desafiaba a los más valerosos (26).

En el Libro de Judit, Satanás aparece bajo la figura de Holofernes. Vemos aquí también la fuerza brutal, que se persuade de que ninguna resistencia podrá oponérsele, pero que, sin embargo, dominada por la belleza de la hermosa Judit, se deja coger en este lazo, según lo proclama la santa heroína de Betulia en su inmortal cántico: «Arrebatóle los ojos con la gracia de su calzado, cautivóle el corazón con la hermosura de su rostro y cortóle la cabeza con su mismo alfanje» (27). Precisamente al querer el demonio hacer cautiva en su provecho a la raza humana, adornada de gracia y hermosura para las bodas eternas, es cuando halló su propia ruina; y fué una mujer, proclamada *gratia plena, benedicta in mulieribus* (28), la Virgen María, quien le asestó el golpe mortal.

Amán, favorito en un principio del rey Asuero, enemigo acérrimo del pueblo hebreo, es tam-

bién figura de Satanás, enemigo jurado del género humano. La virtuosa Ester, que halló gracia en presencia del rey, y oyó que se le dijo: «No morirás, porque esta ley no fué puesta para ti, sino para todos los demás» (29); la joven hebrea Ester (que presagiaba a la Virgen de Nazaret) consiguió la revocación del edicto contra su pueblo, siguiéndose luego la desgracia de Amán y su muerte afrentosa. Triunfó ella y salvó a los suyos, no por la espada, sino por su gracia y belleza sin rival.

Y en todas estas figuras vemos que Satanás, fuerte, poderoso y terrible por su naturaleza, es siempre vencido por los débiles, por los desarmados, por los desprovistos del auxilio humano, pero que ponen toda su confianza en Dios. Aún se ve claramente que el Señor se complace en abatir su soberbia por medio de los instrumentos más ínfimos, a fin de que sea mayor su humillación.

Esta nuestra lucha contra el demonio es evidentemente querida por Dios, y la victoria que con su divino auxilio conseguimos es una gloria para El y se complace grandemente en ella, según lo vemos por los primeros capítulos del Libro de Job. Aquí no es la belleza, ni la espada, ni la honda, quien triunfa del enemigo; es la paciencia y el dolor, llevados hasta el heroísmo. Por eso parece que Dios quiere recompensar la fidelidad de Job aun antes de devolverle los bienes que le habían sido arrebatados, mostrándole contra qué enemigo había combatido en sus pruebas y revelándole el poder infernal bajo el símbolo misterioso de dos monstruos: Behemot y Leviatán.

Dios los hace comparecer en presencia de Job; primero a Behemot: «*Ecce Behemoth quem feci tecum*: He aquí a Behemot, a quien crié como a ti» (30). Es una simple criatura como tú, a pesar de su fuerza extraordinaria y terrible. Creado desde el principio, fué la obra maestra del Señor. Pero después de su prevaricación, puede ser subyugado fácilmente (31).

Después comparece Leviatán, que es el mons-